

# Alegría de la escritura

«... el texto más antiguo escrito en una lengua que podamos ya llamar española».

## I

Allí está la alegría

*Sant Millán de Susso fue de ninnez criado*  
cuenta mucho después, en el XIII, su paisano Berceo.  
Pastoreaba y ya de cura fue  
mal administrador (según su burocrático obispo)  
y allí en el monasterio de su nombre, en  
unas cuantas palabras, doce renglones sosos, allí está la alegría.

Pero has de hacértelo bien para gozarla bien.  
Cúrate de librejos y señores pesados,  
sal por ejemplo de Logroño un día soleado de abril  
con amigas y amigos logroñeses más una o dos botellas de vino riojano en el coche,  
y al rato ves la torre delante de la nieve que ensombrera las cumbres  
y enseguida el raro escondrijo  
troglodí-visigó-prerrománico  
que ajustaron por fin albañiles mozárabes.  
Donde está la alegría.

Labrado en un sarcófago de alabastro y del XI  
un perro diminuto lleva a un ciego,  
tan viva su figura que se diría hecha con sólido y rosáceo  
semen de perro, con sustancia  
de perro no distinta a la de otro mayor que duerme  
enroscado en la puerta mientras cantan los pájaros  
adecuadas cantatas polifónicas y te impacienta no  
ver todavía lo que has ido a ver.  
La alegría esa.

## II

Ya aceptaste hace mucho que no sabes  
casi nada de nada, y es bueno recordarlo y decirte  
que de esto aún menos, salvo que (te lo enseñó Dámaso Alonso)

el español visual, la lengua escrita, nació allí.

Así que quien tú eres nació allí de algún modo,  
tan allí como al borde de una bahía grande  
en el Sur y tal como está naciendo  
también allí esta línea y cualquier otra.

La cosa no es tan complicada: poco o mucho que escriban ejecutivo fuerte o fontanero,  
tunanta o capitán de corbeta, narrador, senador, doctora, presidente  
del Ateneo o estanquero socialdemócrata amante del Pentágono,  
cuanto escriban en español viene de allí, de San Millán de Suso.

Desde la carta más corta y simple  
hasta un sumario abominable, y desde cuanto libro puedas haber abierto  
y ya no has de soltar mientras vivas, a un «te quiero, mañana te llamo»  
furtiva y peligrosamente escrito y deslizado sobre una servilleta de papel en un bar.

Todo eso se engendra allí. No en la Castilla que después  
lo amasó y fue cociendo sino allí más arriba, en La Rioja,  
en esas aburridas Glosas Emilianenses por donde dice *Cono*  
*ayutorio de nuestro dueño dueño Christo*  
*dueño Salvatore* etcétera: sólo 44 palabras  
así de tontorronas hasta el final,  
tan ensopado aún de latín el párrafo, *gaudiosos seyamus*,  
y rutinaria beatería.

Pero está sobre todo la arrancada del fraile escribidor,  
su pronto y su ocurrencia, el amoroso polvo, el polen, el impulso  
fecundador de toda la escritura española,  
verso este que queda muy pomposo  
pero que es tan de veras como el día y la noche  
así como que a pocos les dejará de resultar un tanto  
curiosa o emotiva esa boda, hasta algo tartamuda jaculatoria  
emitida en directo de un sermón de San Agustín alias El Águila de Hipona  
y aumentada a las buenas por el monje añadiendo «lo que del alma le salía».

De modo que si vas a San Millán de Suso  
bien puede impresionarte un poco o no tan poco  
(cono ayutorio del vino del coche  
que además ya obró su virtud)  
contemplar ese texto que, no importa si en copia, es como el árbol de Guernica,  
como la ceiba madre de La Habana y el gran drago de Icod o los de Cádiz,  
inacabablemente seminales, irrompibles. Y tiene  
que venírsete a la cabeza cómo luego a esas líneas  
fueron llegando terruñeras voces  
de Andalucía o Toscana, Cataluña o Galicia  
o el Río de la Plata o California, cómo  
a partir de ese cacho inicial de cordón parturiento tan torpísimo,  
lees y escribes cuanto lees y escribes.

Y cómo antes, confinado, «muy languamente» preservado  
por el apartamiento geográfico, fue por fin el latín diluyéndose  
y llegan nuestro hablar y su escritura.

### III

Fueron llegando.

Fueron llegando las palabras.

Entraban una a una, preguntaban ¿me quieres según vengo o te parece que...?,  
moviéndose despacio o a tirones  
para lograr por fin su cara entera (¿no les ves ojos, boca, frente?)  
igual que va ganándose su cara  
definitiva una mujer, un hombre,  
entre el origen y el azar diario, determinante,  
cambiando y buscándose hasta encontrarse un día del todo.

Nada de *rükk*: una e fluyente, suavilla,  
con la acuática a al final, aliviaron  
esa dureza goda y quedó hueca.

No a la nórdica *kamb* que hizo fortuna por ahí (jambe/gamba).  
De una lengua jergal, del turbio argot de las legiones  
romanas nos vendría perna, pierna.

¿Becerro? Aún más añeja, ibérica  
de pura pata negra, astutamente  
delicada en las dos primeras sílabas  
*para luego cerrarse de un portazo fonético.*

*Azulejo* es acaso la palabra  
que más me llena en español, Gerardo Diego dixit.  
Y *Grazalema* a Jorge Guillén. Y Federico  
saltaba de contento al escuchar el nombre  
indohispánico de un pescado que nunca llegó a ver,  
*surubí*, de las aguas dulces argentinas y paraguayas,  
mientras que a Rafael Alberti le seduce  
el de otro pez, *japuta*, sobre todo  
cuando juega con él el antiguo poeta antequerano Pedro Soto de Rojas.

Palabras como nieve, piedras, panes, arena ardiendo,  
bacterias torvas o pistilos  
indiferentes, olas duras o pechos favorables.  
Alegría del verbo dicho, escrito,  
tan seguro ya como cuando  
das en el aeropuerto la tarjeta de embarque,  
subes al chisme hermoso y vuelas.

*Querer*, ¿sabías que no era más que andarse  
procurando comida o amor? Y *comer*,  
ese loco, precioso esguince del latín clásico,  
antes que nada fue no hacerlo solo: alimentarse con los otros,  
solo nunca.

Cuántos dirán o se habrán dicho ya:  
«¿pero con qué nos viene ahora  
qué se creyó, quiere embaucarnos con que todo esto es poesía?».  
Y es que tampoco les parece serlo que el hielo diera nombre al cristal,  
o que *mujer* significase en provenzal adúltera  
(lo que, bien lejos de criar espanto,  
tira a agradable casi siempre y fue lo que el idioma prefirió,  
y no cualquier palabra semejante a *midam*,  
*femme*, *donna*, *madonna*, *woman*).

#### IV

Una historia final (¿de amor por los que la vivieron  
así como por quienes te la cuentan?).  
Es hora de volver y dos de los amigos refieren en el coche ese episodio;  
Roberto Iglesias el de *El velo de Isis*  
lo relata, y la hermosa Chu  
me pasa un trago y lo matiza: trovadores  
disfrazados de lobo y devorados  
por los mastines de la dama que iban a cortejar,  
un sucedido más o menos contemporáneo del fraile  
que no dispuso de lenguaje, salvo en latín tal vez,  
para contarnos algo así  
lo mismo que no puede pedírsele a un rorro de tres días  
que haga una suma o diga Juan.  
El hombrecillo aquel, de todo modos, ya nos había pasado el castellano —hoy español—  
[a letras sin saberlo

tan como nada sabe una partícula  
hundida en el espacio que ha de salir de ella una constelación,  
el proceso remoto de impalpable energía creadora  
generador de diez mil soles o de cuantas palabras  
nos alumbran boca y papeles.

Ah pero no querrás ahora andar buscándole  
un cierre brillantón al poema, no  
vayas a pretenderle un golpe literario último y efectista,  
tontamente mañoso, no, respétalo,  
déjate aquí dicho y así  
mientras ves acercarse otra vez las torres de Logroño y su río.

Fernando Quiñones